



LIBROS NUEVOS

EL conocido escritor catalán, Torcuato Tasso Serra, casi homónimo del cisne de Sorrento, ha publicado un librito que ofrece, á primera vista y en cuanto á su forma tipográfica, la singularidad de estar impreso por una sola cara, quedando la otra (como en ciertas publicaciones inglesas) para que el lector anote, si así lo desea, las reflexiones que le haya sugerido la lectura. El libro titúlase *Esclofollas* y encierra una colección de pensamientos y sentencias, alternando el verso con la prosa, y dejando ver la influencia indudable de las *Humoradas* de Campoamor, no porque las imite servilmente, sino porque ya las impugne, ya las recuerde, siempre se nota la huella que en el espíritu del Sr. Tasso labró la ironía plácida y desengañada del gran poeta.

Algunas de estas máximas son muy ingeniosas, ó muy sentidas, y lo pruebo con traducir y reproducir aquí las siguientes:

“Solo un padre sabe cuánto se puede amar con un solo corazón.”

“El acto involuntario que con más rigor se castiga es el nacer.”

“No dejes que te sacudan la ropa cuando la lleves puesta.”

“El día en que todos seamos igualmente ricos, todos seremos igualmente pobres.”

“La experiencia es el diccionario de la vida: dichoso quien menos lo hojea.”

“No hay alabanza pública que no lleve aparejado un vituperio: no hay entrada de Ramos que no tenga su Calvario.”

“El hombre más incrédulo tiene en su pecho altares.”

“El dinero mal adquirido no hace rico... al que se lo roban.”

“¡Triste agonía la del padre que sólo puede legar á sus hijos un nombre sin mancha!”

“Juan se fué á la guerra y en ella murió peleando. En la guerra de la vida se llaman Juan todos los hombres.”

“Aún, aún quedan varones austeros... cuando juzgan á los demás.

“Una de las propiedades que menos producen es la propiedad del lenguaje.”

“Un pagaré siempre vence. ¡No puede alabarse de otro tanto el hombre... con toda su grandeza!”

¿No es cierto que, á juzgar por la muestra, en el librito hay granos de oro?

La dedicatoria es original, y para no quitarle su gracia la transcribo en catalán, suponiendo que nadie dejará de comprenderla:

«A mí mateix me l'dedico;
així a ningú mortífic.»



El libro de Rafael Altamira, *Mi primera campaña*, artículos críticos y cuentos, coleccionados en el volumen 26 de la *Biblioteca andaluza*, es de los que habría que juzgar *discutiéndolos*, porque tientan á la discusión (no á la disputa, ni menos á la impugnación sistemática). Yo, por ejemplo, de

buena gana me gastaría media resma de cuartillas y un cuarto de litro de tinta en explicarle al Sr. Altamira cómo no patrociné en *La Cuestión palpitante* la proposición de que todo es bueno, incluso las novelas históricas de Torcuato Tárrego. Creo que si hubiese patrocinado proposición tal, un novelista histórico de mucho más alto vuelo que Tárrego, D. Manuel Fernández y González, no hubiese muerto detestándome cordialmente y poniéndome (claro que antes de morir) como chupa de dómene. Por lo demás, el principio de Altamira es muy exacto y ortodoxo; es el que patrocina Guyau en sus estudios sobre Estética contemporánea: la vida, la actividad, la fuerza, la frescura y energía de la representación y de la expresión son nota fundamental de la realidad en el arte. Pero insisto—y esto no es patrocinar las novelas de Tárrego;—no puede mutilarse la *realidad* limitándola á la esfera de lo sensible. Entiendo la realidad como la entendían los escolásticos, abarcando en ella lo suprasensible y concediendo gran valor,—no más del que le concede Altamira, de cier-

to,—al elemento individual, á la obra puramente del sujeto en el arte. En general,—aunque yo no las expresase con las mismas palabras,—no veo inconveniente en suscribir á la mayor parte de las apreciaciones que hace Altamira en su ensayo “La conquista moderna”, estimando los frutos y bienes que debe la literatura al *motín* naturalista, legítimo heredero del *motín* romántico. Cada vez me persuado más á que la verdad crítica es una verdad irisada, con facetas, prismas y tornasoles, y á que el que la mira por un lado la ve verde y verde la estima, mientras 'el que la mira de otro la pinta rosa ó azul, y siempre es la misma, sin embargo. Sin las exageraciones, los errores y hasta las extravagancias del naturalismo, las letras no hubiesen recorrido su etapa presente, algo sombría, pero necesaria, y á trechos hermosa...

Más rehacia andaría para admitir al programa esbozado en otro *ensayo* de Altamira, *La literatura y las ideas*. Muy á lo suave, persuadido de buena fe de que no rompe un plato, Altamira proscribire en su artículo

cuanto no sea literatura *tendenciosa* y *trascendental*; dos viejos espectros que acuden muy solícitos á la evocación y lo echan á perder todo. Sin querer, Altamira encadena el arte, y además asesina á los artistas con su tesis; porque les manda escribir, como antiguamente se decía, *para el obispo*, ó sea para un público que no existe y no puede, por tanto, estimar ni aprovechar esos esfuerzos de tan alta trascendencia y tan refinada y exquisita cultura. Sobre este punto tuve no hace mucho una tristísima conversación con un dramaturgo insigne,—tristísima, aunque en humorístico tono.—Entendía el eminente autor que eran muy escasos, casi contados por los dedos, los temas que podían llevarse á la escena y á la novela, si estos temas habían de corresponder á la *receptividad* (obsérvese que no digo *capacidad*) del espectador y del lector español. Sobre esto, ¡qué elegía! Excluida la historia... porque estorba casi más que *lo negro*; excluida la filosofía... porque trae de la mano el bostezo descoyuntador de quijadas; excluida la política.. porque la menuda, úni-

ca que prospera, es personal, y no vamos á nivelar el arte con el libelo y el pasquín; excluida la sociología... excluidos los problemas de la ciencia penal... excluido, en fin, todo, excepto el amor, la filogenitura, el honor puntiagudo, las pasiones contrariadas, la chismografía de salón y algún que otro conflicto de intereses, únicos asuntos que comprende y se asimila bien la clase media de la inteligencia, llamada, en suma, á condenar ó aplaudir lo que se escribe.

No lo dude Altamira: los autores no pueden dominar el ambiente social y nacional; éste, por el contrario, les domina, como el mar domina siempre, á la larga, al más forzado nadador. Crea el laborioso é ilustrado crítico que, tal cual son los buenos autores españoles, va menos distancia de ellos á los buenos autores extranjeros, que de público á público. ¿No advierte Altamira la sordera profunda que acoge y asfixia la obra literaria española? ¿Dónde, dígame por su vida, están aquí esas gentes preocupadas de las *cuestiones esenciales*? El mismo Altamira lo reconoce implícitamente en su artículo

sobre Tolstoy; y al mismo Altamira se lo probará experimentalmente la suerte de su libro, *Mi primera campaña*, tan instructivo y tan bien pensado, que apenas será leído (ojalá me engañe), mientras las insolencias y las personalidades de todo género que pululan en la prensa de vuelo bajo tienen seguro y risueño auditorio.

*
*
*

Dos libros, de los cuales el uno ya no es nuevo, pero que lo son ambos para mí (*Cantos modernos* y *Norte y Sur*, de D. R. D. Perés), tengo á la vista, y lo que voy á decir de ellos ahora no excluye lo que podré volver á decir más adelante, porque me parecen muy dignos de atención, y ó mucho me equivoco ó Perés es el más reflexivo y culto de nuestros *heinianos*.

A conciencia,—porque Perés une á la personalidad poética otra personalidad crítica no menos interesante—y entendiendo que Heine ha sido el revolucionario por excelen-

cia, el Lutero de la lírica, Perés se propone seguir las pisadas luminosas del genio que, con Goëthe, traza la ruta de la inspiración moderna. Esta convicción dicta al Sr. Perés el siguiente juicio, algo duro y extremo: "¿Qué es Becquer? Un discípulo de Heine (sí, un discípulo de Heine, aunque alguno se escandalice al oírlo), de mucho menos genio que él, y que ha empapado en lágrimas la eterna sonrisa irónica de su maestro."

Fiel á su programa de novedad y modernismo, empieza Perés los *Cantos modernos* con una diatriba contra *la oda*, que recuerda los gritos de ira y desdén de Josué Carducci:

«Odio l'usata poesia...»

Sólo que Perés, más que de la *usata poesia*, reniega de una de sus formas métricas, la oda, la falsa oda que se ciñe la garganta con vueltas de abalorios, y se tiñe la mejilla con carmín, y canta como si estuviese entusiasmada, cuando está hecha un témpano.

¿Tiene más fuego que las odas que generalmente se usan la poesía subjetiva y germanizada de Perés?

El fuego me parece que no es lo que domina en los *Cantos modernos*; hay, al contrario, en ellos cierta apacibilidad contemplativa y melancólica (aun cuando el poeta maldice de la melancolía), y yo atribuyo esa *encalmadura* de los nervios de Perés á la lucha entre la inspiración, que tiene tanto de inconsciente, y la reflexión y conocimiento que, sin que el poeta lo note, se sobrepone á la inspiración. Los *Cantos modernos* y el ciclo *Norte y Sur*, están bien pensados, acaso demasiado bien: necesitarían un poco más de arrebató y desorden, cierto ardor sombrío que en Heine nos sugestiona, para acercarse al sublime modelo.

Hay, sin embargo, en los *Cantos modernos* y en *Norte y Sur*, alguna poesía que podría intercalarse entre las de Heine, y engañarnos á los más ardientes admiradores del autor del *Intermezzo*. Sirva de ejemplo, en los *Cantos*, la titulada *Visión*, que empieza así:

«Es una extraña y triste fantasía
engendro del insomnio, tentadora:
mil veces se ha mecido ante mis ojos
como una rara flor, negra y hermosa...»

y, en *Norte y Sur*, la idea encantadora del caballero andante que parte á la conquista del santo Grial, avanzando por la triste y fría selva de abetos, dejando floja la rienda del corcel, para volver á su hogar al cabo de algún tiempo, sin el codiciado y mágico tesoro, pero alegre, con festivo choque de armas, porque á su lado cabalga el rubio amor.

* * *

¿Qué decir de la ilustración con que enriqueció estos dos libros Apeles Mestres? Es una delicia; es el suave divagar de una imaginación plástica y ensoñadora á la vez, que ya agota las perfecciones de la línea más pura, mostrándose Mestres adornista delicado, *guirnardista* exquisito,—ya se entrega á la sugestión del verso y expresa con el lápiz lo mismo que, cerrando los ojos, ha visto flotar entre las nieblas el poeta. Flexibili-

dad para sentir y elegancia para ejecutar, son las dos condiciones que más descuellan en este artista, digno de todo elogio. Con razón dice de él Perés en otro libro:

“Si preguntáis á muchas gentes de las que en España leen libros y periódicos quién es Apeles Mestres, os contestarán que un dibujante. Cuando amigos míos que no tenían obligación de conocerle me han hecho á mí igual pregunta, les he contestado: antes que nada, un poeta. Y he añadido luego: un gran poeta que es al mismo tiempo un gran dibujante.

„Pertenece á la escuela modernísima de Vierge, á quien, no obstante, no se parece en todo; que hay también en él algo de dibujante alemán, y que ha estudiado á fondo á Durero, del cual ha recibido grandes y beneficiosas influencias.”

Influido por Durero; penetrado, en los versos que escribe—porque también de la rima es poeta Mestres—por el espíritu de Heine, la ilustración de los *Cantos modernos* ha salido digna ciertamente de Heine mismo.